

El día en la noche

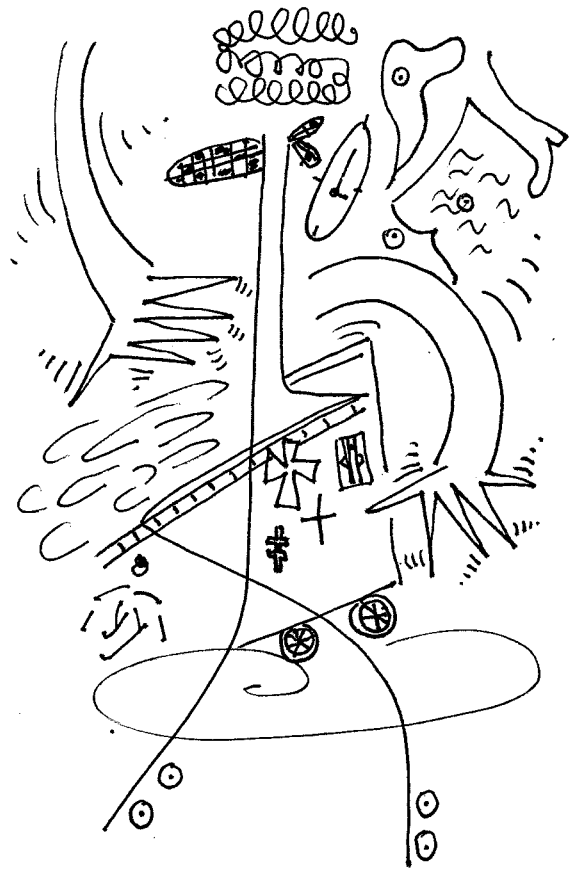
A Nacho Landa

Tiempo innostrado.
 Recodos marchitos los juegos dejaron,
 la adolescencia fugaz se enciende,
 ahí estás hilvanando gestos
 que invaden al recordar.

Tuvimos viajes.
 Inmota el tiempo las aventuras,
 ansiosas búsquedas de lejanas bellezas
 donde hacinados entre ruedas
 el nacer de la juventud fuimos
 desde aquel mar hasta Siena.

La vida es arte y tiempo.
 Vinieron luego brumosas distancias
 En años de secuencias,
 encauzando soterradas dos vidas
 bajo distintas cruces, tortuosos caminos.
 Pendientes hubo y blancos descensos,
 siendo tú raudo, valiente a fuerza seguro,
 repetiste ideales invocando al hombre;
 fui yo disperso en el carruaje preso,
 mudo por fuera tras orientes azules.

De nuevo el encuentro.
 Durante un año sin rumbo
 visitamos lugares ilustres,
 tratando de comunicar, inventando palabras.
 Destapamos ideas, también visiones,
 entre urbanos sonidos de semáforos.
 Era un bar de la calle Lauria,
 frente a la historia de un militar,
 volviendo a ser la amistad
 día veloz en tí que el mundo cambiara,
 yo noche que en su arboleda encontraba.



Distinta es hoy la tarde –el encuentro-
lejanas las distancias en el mapa de Dylan Thomas.
¿Escuchas el río joven que hoy nos baña y empapa
a uno en religioso sur y a otro en literario norte?
Los años pasan,
la vida es tiempo, es luz y es nada.
Intermitente se hace la amistad,
compañeros de viaje aún así
en la penumbra que cabalga
a un lejano final.
Siempre fue así el sino del día rápido
y la noche dispersa,
mas ya comprendo,
día y noche al fin y al cabo
que al llegar la tarde
en equinoccio viven
la eterna amistad.

Valencia, diciembre 1.989

